

# La Ilustración Católica

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

*Madrid y provincias.*

Tres meses. . . . . 16 rs.

Un año. . . . . 60 "

*Cuba y Puerto-Rico.*

Seis meses. . . . . 2 1/2 ps.

Un año. . . . . 4 "

**SUMARIO.**

TEXTO.—Revista, por V. P. Nulema.—*Ilmo. Sr. D. Romualdo Jimeno*, por V.—*La Alpujarra*, carta sexta, por D. Miguel Gutierrez.—*La Universidad de Oñate*, por F. S. Z.—*Paisajes y recuerdos montañoses*, II, por D. José S. de Urbina.—*El buen maestro*, poesía, por el P. Hermenegildo Torres, Escolapio.—*Los Grabados*, por X.—*Cantares*, por D. José Arienza é Idalgo, Phio.—*El maestro de música*, por Eugenio de Margerie.—Jeroglífico.

GRABADOS.—*Ilmo. Sr. D. Romualdo Jimeno*.—*La Universidad de Oñate*.—Colocación de la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazon, en Roma.

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

*Extranjero.*

Seis meses. . . . . 41 fr.

Un año. . . . . 21 "

*Filipinas y Méjico.*

Seis meses. . . . . 3 1/2 ps.

Un año. . . . . 6 "



DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Epoca 2.—Año III.—Tomo III.

Madrid 21 de Setiembre de 1879.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

NÚMERO 11.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Número suelto, real y medio.

## REVISTA.

Escribimos estas líneas sobre la planicie de una roca. El sol, embozado en nubes, asoma los ojos por cima de pelados montes. Las brisas de la mañana, que sin duda han pasado la noche sobre las ondas del río, corren ligeras á saludar al astro del día, saltando de hoja en hoja y de flor en flor y arrastrando consigo el aroma de los prados. Despiértanse los pájaros al ruido de las hojas, y revoloteando de rama en rama, prorumpen en agudos chillidos, que parecen por lo bien concertados, su toque de diana.

El horizonte que nos cobija es estrecho, porque lo abrazan, como si fueran á ahogarle, montes gigantes. Murmura un río, ó más bien un riachuelo á nuestras plantas, el cual atraviesa, como alambre de plata, el angosto valle que divisamos.

Del claro río sobre el verde margen,  
Crecen frondosos álamos, que al cielo  
Ya erguidos alzan las plateadas copas,  
O ya sobre las aguas encorvados,  
En mil figuras miran con asombro  
Su forma en los cristales retratada.

Ocupa el centro del valle un huerto, cuyas tapias, cubiertas de parras, cobijan á su sombra frescos y gratos paseos, por los cuales en las horas de descanso discurre el sencillo hortelano, recreándose en la lozanía de sus verduras, regadas más que con el agua del río con el sudor de su frente.

Dominando el valle, sobre enriscada loma, yérguense los vetustos edificios de una ciudad antiquísima, ceñidos aún por oscuro cinturón de murallas que el tiempo va devorando. La línea de población, de alto abajo, ocupará 500 metros, y en tan corto espacio ofrece á la vista cinco monumentos que retratan fielmente la fisonomía y carácter de la España antigua.

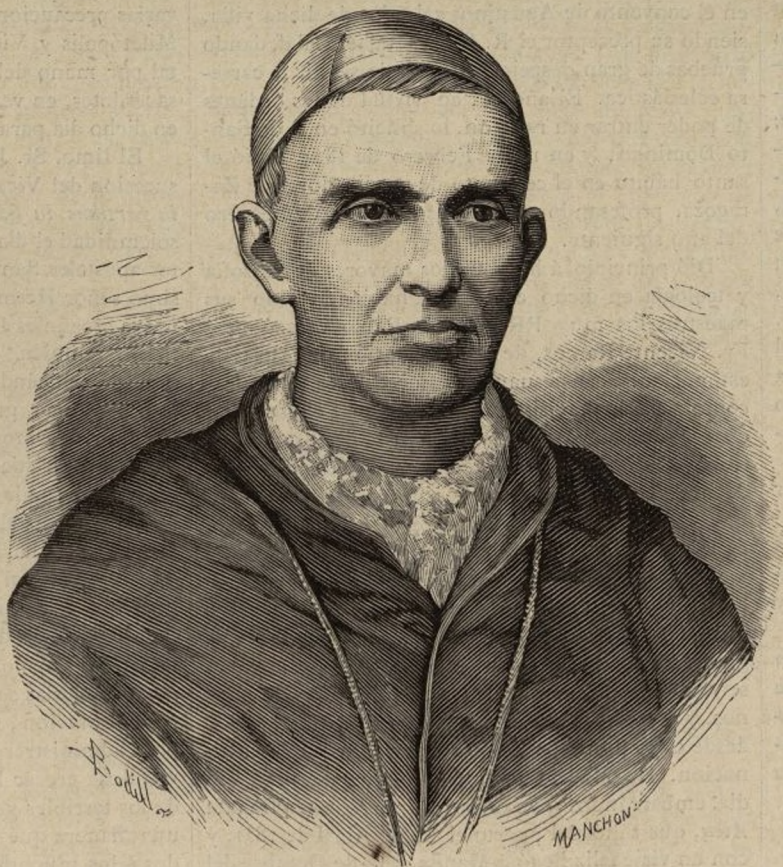
Nuestros lectores habrán ya comprendido de sobra que no estamos en Madrid, porque el cuadro bor-

rajeado, con sus montes, sus brisas, su arroyo, su valle, su huerto y sus viejos monumentos, no es un cuadro de la corte.

Y tan lejos está de serlo, que en su antagonismo con las escenas y panoramas de Madrid hemos hallado el asunto de esta Revista, la cual, aunque escrita en el campo, sin periódicos y sin noticias, dará alguna idea de la coronada villa.

Para formarla exacta de un objeto, conviene verlo desde distintos puntos de vista. Veamos hoy á Madrid desde un rincón de provincias.

..



ILMO. SR. D. ROMUALDO JIMENO.

Las ciudades, como los individuos que las habitan, tienen su fisonomía propia, en la cual se refleja su carácter. Esta fisonomía consiste en el aspecto de los edificios, en su destino, en su distribución, en su número, y á veces en la historia que las acompaña.

¿Quereis conocer y apreciar exactamente la fisonomía de Madrid? ¿Quereis por su fisonomía estudiar su carácter? Pues trasladaos de un salto al lugar en que nosotros estamos, y fijad la vista en los mohosos edificios que asoman por los adarves de la antigua muralla.

Seguid mis pasos que yo seré vuestro cicerone.

¿Veis aquel grandioso edificio que encabeza la población, y desde el cual parte la muralla? Sus robustos estribos, que se alzan como gigantes desde el abismo para soportar los muros; las desmoronadas almenas que coronan parte de la fábrica; los cubos pareados que avanzan hácia la ciudad como dos centinelas apercebidos para el ataque, os indican claramente que el edificio es un castillo de aquellos que sirvieron para rechazar la invasión de los agarenos y para salvar la independencia de España.

Poco más abajo, en el declive de la muralla, se alza otro edificio de severo aspecto, noble sencillez y ornamentación bizantina de la empleada en el siglo XII. Es un convento de monjas clarisas erigido en el antiguo palacio de una familia ilustre, cuya última heredera fué su primera abadesa.

Cien pasos, y en la misma dirección, os sorprenderá la imponente mole de una catedral bizantina ó románica, cuyos muros y torres parecen rivalizar en severidad y fortaleza con los parapetos y cubos del castillo.

Por último, en la parte baja del valle, saliendo á la vega, columbrareis los arcos gigantes de un acueducto, obra de un obispo, y al través de los arcos un monasterio extramuros, de frailes franciscanos.

Tal es la fisonomía de la ciudad antigua; sus rasgos están formados por un castillo de la recon-



quista, un convento de monjas, una catedral, un monasterio de frailes y una obra de utilidad pública construida por un obispo. Con esta fisonomía no es difícil adivinar el carácter; pueblo así constituido por fuerza había de albergar gentes piadosas, valientes, adictas á la Iglesia, ennoblecidas por los monumentos del arte, y generosas con los varones santos que se consagran al Señor.

Esta era la España antigua. El cuadro descrito puede llevar el nombre que se os antoje, siempre que lo tomeis del catálogo de las ciudades de la Edad Media.

Allí, según decíamos en otra ocasión, las grandiosas iglesias bizantinas ó góticas eran el principal ornato de calles y plazas: en torno de la iglesia, como rebaño alrededor de su pastor, se agrupaban las desiguales casas, los severos palacios, los magníficos conventos, formando barrios y calles diferentes con su fisonomía propia y poético carácter. Junto al palacio del rico la casa del pobre, es decir, la liberalidad junto á la indigencia; entre ricos y pobres el convento, esto es, entre la opulencia y la miseria, el sacrificio y la resignación; dominándolo todo, la iglesia, ó lo que es igual, sobre lo temporal lo eterno, sobre la tierra el cielo, sobre el mundo la Cruz.

Ahora bien, ¿quereis, repetimos, conocer y apreciar exactamente la fisonomía de Madrid? ¿Quereis por su fisonomía estudiar su carácter? Pues como el retórico griego que mostraba á sus discípulos malos ejemplos de oratoria para enseñarles la verdadera, os diremos: La fisonomía y el carácter de Madrid, como los de todas las ciudades modernas, son todo lo contrario de lo que habeis visto.

\*\*\*

Quitad el valle con sus adornos naturales; quitad el castillo con sus aspilleras cruceiformes; quitad los conventos con sus monjas y frailes; quitad la catedral con sus altares; quitad los viejos muros manchados aún con la sangre de nuestros héroes y de nuestros mártires, y comenzad á edificar de nuevo.

En vez de prados naturales regados por cristalinos arroyos, formad *parterres* á la inglesa ó á la francesa, regados con bomba; sobre los cimientos de los monasterios, levanta cuarteles y cárceles; donde estaba la iglesia construida una sala de asambleas; agrupad en torno de estos nuevos monumentos cafés, teatros, clubs y escaparates de modas, y habreis hecho una ciudad á la moderna.

Mirado Madrid desde este rincón en que me encuentro, me parece una ciudad inverosímil.

Pueblo cristiano que se va deshaciendo de sus iglesias después de haber demolido ó profanado casi todos sus conventos; capital de España que sigue paso á paso las costumbres, usos, modas y vicios de París, emporio del comercio y de la riqueza, donde no caben ya los pobres; asiento de los grandes teatros donde agoniza el arte dramático pisoteado por el *can-can*; pueblo de corto vivir que aparta de sí los cementerios como si no los necesitase; centro de la enseñanza pública, donde menos se sabe; festín de España, donde más reina el tedio; eje del país, siempre desquiciado; población sin hogares y sin campo; mina de la civilización moderna cargada de petróleo, sobre la cual edifican palacios los hijos del *progreso*.

Y es lo triste, que así como Madrid sigue el ejemplo de París, las antiguas ciudades de España siguen la marcha de su capital, desapareciendo bajo la brocha positivista, la noble fisonomía de la España católica.

¿Quién sabe si dentro de pocos años rodarán por la vecina loma las piedras sueltas de los monumentos que levantó la Edad Media! Nosotros hemos visto desmoronarse la fortaleza, amenazado el convento de monjas, casi hundido el de franciscanos, y convertida en cuartel la catedral bizantina.

El ejemplo de las grandes ciudades que han vuelto la espalda á su historia, renegando de su origen, va haciendo prosélitos, sin reparar en el castigo que espera á todas las apostasías. La tea socialista se encarga de vengar los atentados de la piqueta revolucionaria.

\*\*\*

Los campos en España se van quedando desiertos. La civilización moderna ha hecho desaparecer los monasterios, que eran amparo y abrigo de la población rural; ha derribado las ermitas que albergaban á los caminantes; ha impuesto graves tributos

á la agricultura, y talando los montes ha ahuyentado de los campos las lluvias, haciendo precarias todas las cosechas.

Esta población que emigra, penetra en las grandes ciudades buscando trabajo, y como las máquinas han economizado muchos brazos, la población obrera viene á engrosar el fiero monstruo del pauperismo.

Los buenos gobiernos deberían fomentar á todo trance la población de los campos, porque así como los grandes centros de población son propensos á la demagogia, la vida del campo favorece las buenas costumbres y forma generaciones honradas y sanas.

Cuando vemos el amor con que miran los labradores sus tierras, y el gozo con que contemplan desarrollarse sus frutos, nos acordamos del odio que á los obreros inspiran sus fábricas, y de la tristeza mezclada de ira con que penetran en sus talleres.

\*\*\*

Al llegar aquí recibimos un periódico, y aunque es un periódico amigo, de los que sienten, piensan y aman como nosotros, trae en sus hojas un fárrago de noticias, de polémicas, de intrigas políticas y de cuestiones sociales, que nos parece tan ininteligible como absurdo. Y, sin embargo, en ese torbellino de las polémicas cortesanas, ocupamos lugar; ese absurdo del periodismo diario nos ha arrebatado muchas horas y muchas vigiliás; tripulante del gran bajel de Madrid, corremos todos los riesgos de la vida moderna.

¡Oh monte impenetrable! ¡Oh bosque umbrío!  
¡Oh valle deleitoso! ¡Oh solitaria,  
Taciturna mansión! ¡Oh quién del alto  
Y proceloso mar, del mundo huyendo,  
A vuestra eterna calma, aquí seguro  
Vivir pudiera siempre, y escondido!

V. P. NULEMA.

## ILMO. SR. D. ROMUALDO JIMENO.

Nació este distinguido Prelado en la villa de Epila de la provincia y diócesis de Zaragoza el día 7 de Febrero de 1808. Debió su primera educación á sus dos tíos Mosen Miguel Ibañez y Mosen Manuel Sobriebela, sacristán mayor éste y beneficiado aquél de la Iglesia parroquial de dicha villa de Epila, manifestando en sus primeros estudios mucha aplicación y suma afición á los oficios de la Iglesia. A los diez años dió principio á estudiar gramática latina en el convento de Agustinos calzados de dicha villa, siendo su preceptor el R. P. Fr. Rafael Calaf, dando pruebas de gran despejo y deseos de seguir la carrera eclesiástica. El año 24, en virtud de las órdenes de poder entrar en religión, lo solicitó en la de Santo Domingo, y en 15 de Febrero de 1824, vistió el santo hábito en el convento de predicadores de Zaragoza, profesando en el mismo el 15 de Febrero del año siguiente.

Dió principio á los estudios mayores de filosofía y teología en dicho convento, habiendo sido sus maestros los muy RR. PP. Fr. Pablo Velazquez y Fr. Vicente Ramos, de quienes recibió muestras de estimación. Su voz suave y sonora, le hacían mirar como muy á propósito para el púlpito y el coro, del cual se le nombró vicario. En Agosto de 1830 obtuvo licencia para pasar á su pueblo, en el que se despidió de sus padres, hermanos y parientes de un modo muy tierno, ocultando siempre el principal objeto de la visita. Vuelto á su convento, y continuando la teología en Noviembre de dicho año, recibió su lector, el P. Ramos, la patente para entregarla á su discípulo Romualdo, en la que se le concedía la gracia de pasar á las misiones de Filipinas, y con sentimiento de sus maestros, compañeros y hermanos, y provisto de lo necesario, partió para Madrid, desde cuyo punto participó á sus padres su determinación. De Madrid pasó á Ocaña, y de allí á Cádiz, embarcándose con otros misioneros en la fragata *Aica*, que salió del puerto el 25 de Abril de 1831, y con un viaje feliz llegó á Manila el 12 de Octubre del mismo año; ordenado de sacerdote, le destinaron sus Prelados á las misiones de la provincia de Nueva Vizcaya, en la que permaneció dos años ocupado en la conversión de infieles, y en la administración espiritual de los convertidos. En 1833 volvió á Manila

nombrado procurador general de la provincia de Santísimo Rosario, y al poco tiempo pidió pasar á las misiones de Tonkin, lo que consiguió á principios del año 1835.

Con motivo de la sangrienta persecución, el reverendo P. Romualdo Jimeno residía ocultaemente en un pueblo grande llamado Kin-Lao, habitado por más de 5,000 cristianos y muy pocos idólatras. El 22 de Abril de 1838, vinieron de improviso buscando un asilo, el Ilmo. Sr. Vicario Apostólico P. Ignacio Delgado, y su coadjutor el Sr. D. Fr. Domingo Henares, por cuanto aquel punto era tenido por uno de los más seguros. Todos tres se alojaron en casas cercanas, en las que cada uno tenía su escondite para ocultarse en casos apurados. Así siguieron hasta el 29 de Mayo de dicho año, que sorprendidos por 200 soldados y un mandarin, cayó en sus manos el Ilmo. Sr. P. Delgado: el P. Romualdo eludió los primeros ímpetus de la pesquisa, y fiado en su juventud y fuerzas, pudo escapar de en medio de la turba de soldados, y salvarse atravesando ríos y pantanos; y en compañía ya en 31 de Mayo del P. Jerónimo Hermosilla, dando rostro á los peligros de día y noche, de mar y tierra, y mudándose de una á otra barca, pudieron atravesar aquellas provincias y llegar á la oriental el 19 de Junio, donde esperaban hallar una mansión más tranquila; habiéndola conseguido hasta el 28, y el 29 se retiraron á media noche á punto más seguro. Entonces llegó á su noticia que habían terminado su gloriosa carrera quince mártires venerables, entre ellos el Ilmo. P. Henares, que el 29 de Mayo había quedado oculto en Kien-Lao. Llegada la noticia del premio que ofrecía el rey al que prendiese ó descubriese el paradero del padre Hermosilla, que era 1,000 taeles ó 30,000 reales aproximadamente, y la prision y muerte de quien la ocultase ó protegiese, puso en gran peligro á los dos misioneros; pero gracias á la Providencia, pudieron conservarse y salvarse, atribuyéndolo con justas razones, á obra enteramente de Dios. En 9 de Diciembre del 39, yendo variando de asilos, llegaron á verse por una casualidad, y se hallaron con el P. Martí, nuevo misionero que había llegado el año ántes desde Manila: así pasaron ocultos, hasta que por muerte del rey Minh-Manh el 20 de Enero de 1841, le sucedió su hijo primogénito llamado Thien-Tri, mayor de veintiocho años, que se coronó el 13 de Febrero del 41, y cesaron los mandatos de su padre.

El R. P. Hermosilla, que en 1840 fué nombrado Vicario Apostólico del Tonkin oriental, en virtud de las facultades dadas por S. S. Gregorio XVI al Ilmo. Sr. Arzobispo de Manila, como igualmente para su coadjutor, fué consagrado ya, aunque con varias precauciones, el 23 de Abril del 41, Obispo de Miletópolis y Vicario apostólico del Tonkin Oriental por mano del Ilmo. Sr. Retord, servido de dos sacerdotes, en vez de obispos asistentes, marchando en dicho día para su Vicariato.

El Ilmo. Sr. Jimeno, como coadjutor con futura sucesión del Vicario apostólico y Obispo de Ruspa *in partibus in fidelium*, fué consagrado ya con toda solemnidad el día 29 de Junio, festividad de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, por el ilustrísimo señor Hermosilla, con asistencia de los misioneros españoles PP. Rivas y Martí, á cuyo acto asistieron también siete sacerdotes tonkinos y otros fieles; verificándose la consagración en el pueblo Cao-ka, lugar grande de Hung-An, residencia del Ilmo. Sr. Hermosilla; y habitado por muchos y muy fervorosos cristianos, en la mejor habitación de la casa, y adornada la noche ántes con lucidas, vistosas y ricas colgaduras, y con luces, que distribuidas alrededor, la hacían aparecer toda brillante.

Concluido el acto de la consagración, se dió principio á la restauración de las misiones, en vista de las pacíficas disposiciones del rey, de sus ministros y del pueblo; principiando los fieles á disponer nuevas iglesias según el método antiguo, y reunirse para la oración, para celebrar los santos misterios y para administrar y recibir los Santos Sacramentos, viéndose crecer la piedad admirablemente después de los terribles golpes que la dió la persecución, de una manera que hacen esperar los mejores resultados á los muchos misioneros que pueblan ya aquellos países.

En 1845 fué nombrado Obispo auxiliar del ilustrísimo señor Arzobispo de Manila, señor Seguí, pero con motivo de su fallecimiento no llegó á tomar posesión. En Noviembre del mismo año fué presen-



tado para el obispado de Cebú, y dejando su cargo al Ilmo. Sr. Martí, en Tonkin, se embarcó el 30 de Junio de 1846 en el puerto de La-Phu, para las Islas Filipinas; mas á los dos días de navegación se levantó tal tormenta, que hizo pedazos el buque; y el Sr. Jimeno, asido á una tabla y luchando diez y siete horas con la mar y el huracán, alcanzó la suerte feliz de volver al puerto de donde había salido. En tan desecha borrasca tuvo el sentimiento de perder á sus dos familiares y á un misionero dominico español que llevaba en su compañía. Restablecido de las muchas heridas que recibió en el naufragio, volvió á embarcarse en dicho puerto para el de Macao; en su travesía fué acometido por dos barcas de piratas, y aunque no iban más que diez hombres de tripulación, despues de una lucha obstinada, pudieron vencer con el auxilio de Dios, á cuarenta y tres enemigos, y aprisionándolos, los condujeron con sus buques á Macao, donde fueron recibidos en triunfo y premiados los vencedores. En Macao consagró al Ilmo. Sr. Obispo de aquella ciudad el 21 de Diciembre de 1846. Vuelto á la mar, llegó á Manila el 4 de Enero de 1847, y habiendo consagrado á su metropolitano el Ilmo. Sr. Arzobispo D. José Aranguren, partió á su diócesis, en la que á su llegada hizo su entrada pública y solemne; tomó posesión y se dedicó á sus oficios pastorales. S. M. la reina doña Isabel II, en vista de tantos servicios y padecimientos por la religion cristiana, le agració con la gran cruz de Isabel la Católica.

Este celosísimo Prelado en los largos años que gobernó la diócesis de Cebú, extensísima porque la componian la isla de Cebú, donde está la residencia episcopal en la ciudad de este nombre, y las grandes islas con sus adyacentes de Bohol, Leyte, Samar; las remotas de Marianas, Calamianes, todo Mindanao, Sibuyan, Romblon, Panay é isla de Negros, y la isla de la Isabela de Basilan, continuamente las visitó con sumo trabajo, ya embarcado, ya por tierra, en las estaciones del año propicias para el efecto, sin exceptuar á las remotísimas islas Marianas, hasta el año de 1868, que habiendo conseguido á sus repetidas instancias la desmembracion y formacion de la nueva diócesis de Jaro, le alivió en parte de tan pesada carga el nuevo Prelado de ella, el ilustrísimo y reverendísimo señor D. Fr. Mariano Cuartero, que actualmente tan sabiamente la gobierna, á quien había tenido por compañero en los primeros años de su gobierno en la diócesis de Cebú, y posteriormente tuvo tambien á su lado al excelentísimo é ilustrísimo señor don Fr. Pedro Payo, actual Arzobispo de Manila.

Su caridad á los pobres enfermos le obligó á levantar extramuros de la ciudad de Cebú un hospital para recoger los pobres acometidos de la enfermedad de Lázar, donde tuvieron el consuelo de la asistencia corporal y espiritual, y dentro de la ciudad adaptó para las enfermedades comunes dos casas-hospitales, una para varones y otra para mujeres pobres, sosteniendo estas con su propio peculio, y logrando para aquel la ayuda del gobierno de S. M.; y amante de los pobres, no solo les repartió su óbolo á porcionistas y vergonzantes durante su vida, sino que procuró que no les faltase despues de su muerte hasta que le reemplazase su sucesor.

Falleció en Jaro el 17 de Marzo de 1872 al lado de su amigo, hermano y compañero inseparable el Ilmo. y R. Sr. D. Mariano Cuartero, que con esperanzas del restablecimiento de sus dolencias, le acompañó desde Cebú hasta la capital del Archipiélago, y de regreso al mismo Jaro en la isla de Panay; y le tributó el honor que correspondía á tan bondadoso Pastor, celebrando las honras fúnebres acompañado de numeroso clero y pueblo, que todos amaban entrañablemente al difunto Prelado que por tantos años había sido su Padre, su Pastor y su guia, con sus repetidas visitas pastorales, con sus pastorales, circulares y correspondencia particular, que parece increíble cuánto pudo su celo pastoral, dando satisfaccion á tanta comunicacion de párrocos y de particulares, de los gobiernos, juzgados y administraciones de los muchos distritos de su diócesis, y la que mantuvo con los gobiernos superiores para poder conseguir tanta multitud de nuevas parroquias que en su tiempo se fundaron, pero con tal celo pastoral, que en todas sus comunicaciones, unido á la gravedad de Prelado, inspiraba la mansedumbre, la piedad, y sobre todo el deseo de la salvacion de las almas, que Dios le había confiado, y lo

que es más, careciendo de cabildo que le ayudase, y sin dotacion especial por parte del gobierno, de los que tenía en su ayuda.

Su amado clero, tanto secular como regular, y todos los fieles de su diócesis, desconsolados de la pérdida de tan buen Pastor, y en un punto distante de su residencia episcopal, lloraron tanta desgracia y sufrieron las terribles pruebas en sede vacante de estar amenazados de un cisma, hasta que el Señor, apiadado de ellos, les concedió otro legítimo sucesor, el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Benito Romero de Madridejos, que fué recibido en la ciudad de Cebú, con gran júbilo, como digno sucesor del Sr. Jimeno, el 21 de Junio de 1876. Obtuvieron la superior licencia para trasladar los venerandos restos del Sr. Jimeno, para su consuelo, de la iglesia catedral de Jaro á la de Cebú, y se verificó su traslacion con gran pompa y asistencia de todas las autoridades, corporaciones y gran concurso del pueblo á los actos religiosos y depósito de la caja que los contenia, el día 8 de Junio de 1877, quedando depositados junto al altar de Santa Filomena, que en vida era especial devoto de dicha santa vírgen.

V.

## LA ALPUJARRA.

### CARTA SEXTA.

Aben-Abó es una figura que dá á este cuadro más fuertes colores. El nombre, querido amigo, que tomó al ser coronado, es el de Muley-Abdallah-Muhamad. Más activo que su antecesor, á las pocas semanas de la muerte de aquel, pudo salir al campo con 10,000 hombres entre turcos y moriscos.

D. Juan de Austria no dirigia personalmente las operaciones de la guerra, y solicitaba del rey tan peligroso honor, manifestándole que la insurreccion con motivo de la inercia de Fajardo y del génio emprendedor de Aben-Abó, amenazaba turbar los reinos de Murcia y Valencia. Despues de largas deliberaciones, accedió Felipe II á los deseos del valeroso hijo de Carlos I. Granada recibió esta noticia con verdadero entusiasmo.

El Marqués de los Velez, destituido del mando superior del ejército, abandonó á Galera, que tenia sitiada, encaminándose á Huéscar; esperó allí á D. Juan, á quien saludó respetuosamente, y con más enojo que satisfaccion, se retiró á Velez-Blanco.

Las huestes cristianas cercaron de nuevo á Galera. Larga fué la resistencia de sus defensores: tres asaltos se dieron á la plaza, y en el último se distinguió una corpulenta morisca, llamada Zarzamodonia, que mató diez y ocho cristianos. Una mina hizo volar una banda de Galera, y los soldados se precipitaron por el camino abierto sobre humeantes escombros. D. Juan, que oía Misa, tuvo que dejarla al ver que un valiente, Lasarte de nombre, volvia de la villa con una bandera arrebatada al enemigo; de modo que el arrojo, más que la disciplina de las tropas, logró aquella victoria tan costosa y sangrienta, y tan celebrada en el mundo cristiano. En la toma de Galera, que ocurrió el 10 de Febrero de 1570, se cumplieron estas palabras de D. Juan: *Yo la hundiré y la sembraré toda de sal.* Entonces se dijo, aludiendo al copioso derramamiento de sangre mora y cristiana que bañó aquellos campos: *Si Africa llora, España no rie.* Y en aquellos hogares desiertos, ennegrecidos por el humo y luego blanqueados por la nieve, que cayó en abundancia, encuentra el Tuzaní el cadáver de su Maleha, y dándole sepultura, como se lee en una leyenda,

... la mirada,  
Do nace el sol, convierte,  
Y dice con la voz enamorada:  
«¡Yo vengaré tu muerte!»

¡Y la vengó, en efecto, no parando hasta dar con el anónimo asesino de la virginal belleza!

Despues de reconocer la plaza de Seron, el ejército cristiano sufrió un descalabro. El anciano Quijada murió en la retirada; pero rehecho D. Juan, vengó la muerte de su amigo atacando de nuevo á Seron y arrojando de allí al enemigo, que despechado y furioso, entregó la plaza á la voracidad del incendio. Fijola, Purchena, las orillas de Almanzora,

vieron sumisas las triunfantes banderas del cristiano, y comprendiendo su situacion insostenible, Fernando El-Habaquí, jefe de los moriscos de aquella comarca, se sometió, no á las armas, sino á la política conciliadora aconsejada por Felipe II y secundada por D. Juan de Austria. Sin embargo, algunos rebeldes contumaces siguieron peleando en los desfiladeros de la montaña.

El mismo Aben-Abó autorizó á El-Habaquí para negociar con D. Juan las condiciones de una amnistía general, y demudando su cimitarra, pronunció el delegado moro estas palabras: «En nombre de Aben-Abó y sus aliados, rindo á S. M. estas armas y banderas.» Ceremonia, por cierto, de muy pobres resultados.

Aben-Abó, arrepentido de aquel paso, reprobó la conducta de su representante, y enojado éste, prometió hacer prisionero al emir de las Alpujarras. Con 800 ducados de oro salió El-Habaquí en busca de gente con que prender á Aben-Abó; pero Aben-Abó envió contra él ciento cincuenta turcos que lo aprehendieron y presentaron vivo, siendo al momento estrangulado y arrojado el infeliz en un estercolero.

Un enviado de D. Juan, que ignorando la suerte de El-Habaquí, fué á poner término á las negociaciones de paz, oyó de Aben-Abó esta declaracion solemne: «Turcos y moros contra mi voluntad, me han hecho rey: rey quiero morir. Si todos me abandonan y quedo sólo en la Alpujarra, no me rendiré por eso: me sepultaré en una cueva, donde tengo provisiones para seis años, y que no me busquen, porque no han de dar con mi gruta; y en todo ese tiempo no ha de faltarme una barca que me lleve, rebelde todavía, á las berberiscas playas.» ¡Palabras que respiran el heroísmo de aquel carácter, pero que nada valieron ante los decretos de la Providencia!

Se imprimió mayor actividad á las operaciones de la guerra. Requesens atravesó los confines septentrionales de la Alpujarra, talando á sangre y fuego el territorio, y construyendo fuertes á cortos trechos; el Duque de los Arcos derrotó á 3,000 moriscos y quedó sosegada la Sierra-Bermeja; lanzóse D. Juan de Austria por el lado de Guadix, paseando sin dificultad por aquella tierra sus victoriosas banderas; y, en fin, los pocos insurrectos que todavía quedaban apellidando guerra, perseguidos, asediados, acorralados, ó emigraron al Africa ó aceptaron la amnistía. Para completar y asegurar la pacificación, todos los moriscos granadinos fueron internados en el Norte de Andalucía, en Castilla, en Extremadura y Galicia, verificándose sin desórdenes aquella necesaria y forzosa emigracion. Victorioso D. Juan, volvió á Madrid, donde fué recibido con aclamaciones de simpatía y admiracion.

¿Dónde estaba Aben-Abó? Se ocultaba en los barrancos y cavernas de la Alpujarra. Un monje, llamado El-Jeniz, prometió entregar al reyecillo, vivo ó muerto, y cumplió su palabra. El último rey de Sierra-Nevada, asesinado traidoramente por su infiel amigo, fué relleno de sal y montado á caballo sobre una acémila, derecho sobre ella como si todavía lo animase aquella vitalidad y enérgico carácter que siempre lo distinguieron, entró en Granada, donde fué recibido con aparatoso ceremonial. Bien pudo escribirse bajo de su cabeza, colgada á la orilla del camino de las Alpujarras:

«Esta la cabeza es  
Del morisco Aben-Abó,  
Que fin con su muerte dió  
De la guerra al interés.»

La expulsion de los últimos musulmanes españoles en tiempo de Felipe III, cierra aquel romanesco período que tiene por extremos dos montañas y dos grutas célebres: Covadonga en Asturias, y la cueva de los Bérchules en la Alpujarra. El edicto real de Enero de 1610 arrojó de este suelo agitado, que no había podido sostenerlos tranquilos durante ocho siglos, á los moriscos andaluces y murcianos, que siguiera las huellas de los expulsados anteriormente de Valencia.

Para no alargar más estas epístolas, es fuerza pasar casi de un salto la historia de la Alpujarra durante las dinastías austriaca y borbónica.

Dejemos á los repobladores de las Alpujarras, procedentes de Galicia, Castilla y otras regiones, cicatrizar las heridas abiertas en aquel país por devastadoras guerras, que no secaron, como se dice y



repite con ligereza, las ricas fuentes de nuestra prosperidad. La industria y comercio de la seda, tan floreciente en la época morisca, duró y persiste en nuestra comarca hasta entrado el siglo actual, en que sucumbe al peso de los tributos y de otras causas independientes de la general inventada y decayida por los economistas modernos.

Por cierto, amigo mío, que para hablar con extensión y lucidez de esta materia, no sólo de la sedería, sino de otras industrias afines y distintas, es fuerza recurrir á las obras de un erudito economista, nacido en los confines de la Alpujarra, escritor insigne que supo adunar en su espíritu los conocimientos humanos y divinos, hermano que fué de la Orden Tercera de Penitencia, Siervo de los Pobres afligidos, cuyos interesantes discursos son una *Historia del comercio y Sistema económico de Felipe IV hasta el año 1656*.

Ya comprenderás que me refiero á Francisco Martínez de la Mata, que afirma y demuestra se conservaron en Granada y en su provincia todas las artes que existían antes de la toma de la ciudad, acaecida en 1492, y se añadieron á las antiguas otras llevadas y acreditadas por los conquistadores.

Pero dejando para un trabajo más detenido la aclaración de este punto y algunos más, necesario es

dar término á tan breve resumen histórico, dedicando un recuerdo á Juan Fernandez, alias *Caridad*, famoso aventurero de la guerra de la Independencia. Las aventuras de este héroe, conocido en la Alpujarra con el nombre del *Alcalde de Otívar*, aunque verdaderas, tienen el matiz novelesco de todos aquellos Viriatos que desde el año ocho florecen en la Península, encarnaciones bizarras de un pueblo creyente que vence con el entusiasmo de su fé aquellas legiones vencedoras del mundo. Un compañero de *Caridad*, un pobre anciano que desde la loma pintoresca de Jolúcar contempla el teatro de sus hazañas en poder, si no de los hombres, de las doctrinas que ellos derrotaron, me contaba, hace dos años, los episodios de aquel drama, representado por campesinos y frailes en los desfiladeros de nuestras montañas y entre las paredes de nuestros cortijos.

Encaramado yo en un pedazo de muralla, reliquia de aquel viejísimo castillo romano que domina á Castell-de-Ferro; dirigiendo mis atentas miradas ya al Mediterráneo, que brilla con la luz y los tonos calientes del Mediodía; ya á la sierra más alta de España, que brilla con la inmaculada blancura de las nieves perpétuas; recogiendo en mi memoria, y enlazándolos caprichosamente, los recuerdos de fenicios y focenses, cartagineses y romanos, vándalos

y godos, árabes y moriscos que se han sucedido en tan hermosas playas y cerros tan agrestes; me prometí buscar en la poesía y en la historia de nuestro país, cariñosamente hermanadas la ocupación más dulce de mis años. Y entonces pude exclamar invocando á las Alpujarras:

«Y en tanto, al arpa mía  
Dad la música y luz que la alborada  
A vuestro cielo envía,  
Y aunque sola y colgada  
De místico saúce, sonará inspirada!»

MIGUEL GUTIERREZ

## LA UNIVERSIDAD DE OÑATE.

Las pasiones políticas, á que es agena LA ILUSTRACION CATOLICA, han hecho objeto de grandes simpatías y de grandes odios á esta famosa universidad, cuya historia corre hoy confundida con la de nuestras guerras civiles. Vituperado por el odio ó bendecido por el amor, su nombre es popular en España y conocido en el extranjero, habiendo logrado que la voz de sus profesores se dejase oír, no



LA UNIVERSIDAD DE OÑATE.

sólo en los apacibles días de su fundación, sino en los turbados y clamorosos en que ha desaparecido. LA ILUSTRACION CATOLICA, en su afán de guardar ilustres memorias de España, que se van borrando de nuestro suelo, publica hoy, día el más próximo á la segunda supresión de la Universidad de Oñate (11 de Setiembre de 1842), la vista del edificio levantado á mediados del siglo XVI por el arquitecto francés Pedro Picard, y á expensas del virtuoso y sábio Obispo de Avila D. Rodrigo de Mercado y Zuarola, hijo de Oñate y gloria de Guipúzcoa.

Este insigne prelado fué uno de los grandes

hombres con que se honra el siglo XVI. Nacido de humilde cuna, logró por su virtud, su talento y su estudio, llegar á las más altas dignidades de la Iglesia española. Beneficiado primero en Oñate, Inquisidor de Valencia en 1498, Abad de San Martín de Costaneda en 1507, Prefecto general de la Inquisición de Aragón, Preposito de Valencia en 1509, Obispo de Mallorca en 1511, trasladado en 1522 á Avila, y según parece electo Arzobispo de Santiago, su nombre figura entre los más preclaros de la España de los Reyes Católicos y de Carlos V.

Con esto está dicho que fué muy amigo del in-

signe Cardenal Cisneros, fundador de la Universidad Complutense, y que al calor de esta amistad brotó en el hijo de Oñate la idea de dotar á su villa natal de una universidad digna de las que á la sazón brillaban en nuestra patria.

La idea fué pronto un hecho, y construido el edificio con la magnificencia que puede verse en el grabado que lo representa, el Sr. Mercado obtuvo de la Santidad de Paulo III la bula de aprobación, expedida en 1549, en la cual se dotaba al Colegio, que había de llevar el título de *Sancti Spiritus*, con los mismos privilegios de que disfrutaban las cele-



bérrimas universidades de París, Bolonia, Salamanca y Alcalá de Henares.

A la aprobacion pontificia añadió el Sr. Mercado la aprobacion real, poniendo su colegio bajo el patronato de los reyes de España. De aquí nacieron los dos títulos con que se honraba la Universidad de Oñate: *Real y Pontificia*.

La fundacion del Sr. Mercado alcanzó muy pronto universal nombradía, saliendo de sus aulas doctores ilustres que acreditaron en todas partes la sabia disciplina de la Universidad de Oñate. La cual fué privada en 1772 por el Supremo Consejo de Castilla de conferir grados mayores, como lo fueron otras universidades de España, decayendo con esto su importancia, aunque no la fama de sus discípulos. ¿Por qué sufrió este golpe la Universidad de Oñate? Sigán nuestros lectores la reseña histórica que hacemos de ella, y cotejen las fechas con las que señalan importantes cambios en la política española.

El 5 de Julio de 1807 D. Carlos IV suprimió la Universidad, por consejo, según parece, de su famoso privado D. Manuel de Godoy. Las tres Provincias Vascongadas, abrazadas como hermanas, reclamaron contra la supresion; pero la guerra de la *Independencia* retardó algun tiempo el deseo de los vascongados. Restablecido en el trono D. Fernando VII,

expidió el 22 de Junio de 1814 una real cédula restableciendo la Universidad de Oñate, «bajo la obligacion de sujetarse en la enseñanza al plan general de estudios.»

Así trascurrieron veinte años; pero al estallar la primera guerra civil, la capital de Alava logró suplantarse a la villa de Oñate, llevándose parte de sus profesores y el título universitario. En los primeros meses del año 35, Oñate cayó en poder de los carlistas, y por decreto de D. Carlos María Isidro, fechado en 9 de Marzo de 1836, se mandaba abrir el 25 del propio mes los estudios públicos de la Universidad oñatiense. El curso terminó el 15 de Agosto del mismo año. La afluencia de estudiantes comenzó a dar animacion al Colegio, y de curso en curso fueron multiplicándose los frutos de la enseñanza.

Durante el curso de 1839 al 40 ocurrió el Convenio de Vergara, y aunque los estudios no se interrumpieron, carecian de validez académica por el cambio natural de las cosas. Un decreto de 9 de Enero de 1840 autorizó el curso de esta Universidad, cuya vida estaba amenazada de muerte. Vino esta con el decreto de 11 de Setiembre de 1842, quedando reducida a un simple instituto, hasta el año 50 en que lo perdió todo.

Sin embargo, el gobierno consintió que se estableciese en el edificio una escuela de agricultura, y

con este destino la encontró la revolucion de Setiembre que tantos cambios y trastornos vino a introducir en España. Decretada la libertad de enseñanza, el pueblo de Oñate restableció su universidad, aunque sólo con la facultad de Derecho, abriéndose el curso el 1.º de Octubre de 1869.

A los tres años y medio la *universidad libre* cedió su lugar a la nueva universidad carlista, la cual fué restablecida por decreto de D. Carlos expedido en Durango en 12 de Febrero de 1874.

La junta constituida para llevar a cabo la reinstalacion acudió a Roma pidiendo la vénia de Su Santidad, y el inolvidable Pio IX se dignó contestar por medio de su secretario «que si bien suprimida en otro tiempo por el gobierno civil, conforme se decia en la peticion, esa Universidad de Oñate, no habiéndolo sido por la Santa Sede que la habia autorizado, ninguna necesidad existia de nueva autorizacion, y en consecuencia no habia dificultad por parte de la Santa Sede, que dicha Universidad restaurada civilmente, gozase en lo eclesiástico de los derechos y privilegios que le fueron concedidos que han sido revocados.» El Padre Santo concedia a la empresa su bendicion apostólica.

La apertura solemne se celebró el 16 de Diciembre de 1874, leyéndose en ella un discurso sobre la historia de la Universidad impreso en Tolosa



COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA IGLESIA DEL SAGRADO CORAZON, EN ROMA.

y acompañado de nueve apéndices interesantes.

El término de la guerra lo puso también a este período de la Universidad oñatiense, la cual, como dijimos al principio, ha unido su historia, por desgracia suya, a la de nuestras guerras civiles.

En cuanto al edificio que permanece mudo testigo de tantos cambios, es muy anchuroso y sólido, ostentando en su fachada excelentes estatuas y relieves ejecutados de mano maestra.

Tal son los ligeros apuntes con que hemos creído conveniente acompañar el grabado de la Universidad de Oñate, los cuales, aunque brevísimos, con-

tienen algunos datos que no se hallan en todas las historias.

F. S. Z.

## PAISAJES Y RECUERDOS

MONTAÑESES.

II.

Sr. Director de LA ILUSTRACION CATÓLICA.

Muy señor mío y amigo: Pasando a hablar de

Ayuntamiento de Madrid

Madernia, diré que en una pradera de este nombre, en las inmediaciones de Molledo, se ven dos edificios semejantes, aunque de muy distintas dimensiones. Sus blancas paredes resaltan de una manera agradable sobre el verde césped, y todo en ellos respira pulcritud y limpieza. Está dedicado el mayor de ellos, que es de vastas dimensiones, a escuela gratuita de niños pobres. En ella reciben educación moral y religiosa los párvulos de uno y otro sexo de las inmediatas aldeas.

Hay un número de internos a quienes se da gratis el alimento, y a las horas de comer una campana



avisa á los pobres caminantes que allí pueden encontrar una comida, si bien frugal, por lo ménos suficiente para restaurar sus fuerzas. En este edificio hay una bonita capilla, y en el inmediato la casa habitación del capellan y del maestro.

Los niños están al cuidado de *Hermanas de la Caridad*, cuyo sólo nombre es una garantía de bondad para la educación. Es patrona de este establecimiento, y sin duda alguna quien lo sostiene y más ha contribuido á su fundación, la virtuosa señora doña María Antonia de Polanco, que reúne á su virtud una capacidad é ilustración poco comunes en su sexo.

¡Cuántas veces hemos visto á esta respetable y anciana señora recorrer á pié el camino de las aldeas más distantes, pidiendo por el amor de Dios una limosna, para ayudar á su santa empresa de educar y moralizar al pueblo!

Esta es la manera de ejercer la virtud de la caridad, tan diferente de la moderna filantropía.

Vamos á terminar nuestro trabajo dando á conocer un episodio histórico verificado en Iguña, y que trasladamos segun lo cuenta la tradición.

Era una tarde apacible é impregnada de dulce melancolía; una de esas tardes tan deliciosas en la montaña; los rayos del sol poniente parecían despedirse con tristeza del risueño y encantador valle de Iguña; las hermosas florecillas matizaban el suelo embalsamando el ambiente, y un ligero y caprichoso celaje hacia aparecer más bella la bóveda celeste.

Los cansados labriegos volvían á sus aldeas para entregarse á los goces puros del hogar doméstico, única recompensa á sus fatigas y trabajos; compensación superior, no obstante, á todas las que puede proporcionar el refinamiento de la civilización; recompensa ofrecida por Dios, goces puros y santos concedidos al hombre por su bondad y misericordia en cambio de las fatigas inherentes á la divina sentencia de ganar con el sudor de la frente el cotidiano alimento.

El rumor de las campanas de las aldeas, el balido de las ovejas, el esquilon de los tardos bueyes, el chirrido desapacible de las carretas de labor, el triste arrullo de la enamorada tórtola, el dulce murmurio de mil cascadas, el eco de las vecinas selvas, todos los ruidos, en fin, propios del campo cuando avanza el crepúsculo, semejan un canto de gracias elevado á la Omnipotencia por la errante humanidad.

Por la antigua carretera que atraviesa el valle, véase avanzar á un sostenido galope un grupo de ginetes, cuyas brillantes armaduras y lujosos arreos despiden mil reflejos al ser heridos por los moribundos rayos del sol próximo á desaparecer. Vienen de la parte de Bárcena, y avanzan en dirección de Mollado.

Al llegar á sus inmediaciones abandonan la carretera y atraviesan varios estrechos senderos, llegan ante la puerta principal de una antigua casa-palacio de majestuosa apariencia.

—Señor, dice un caballero de lengua blanca barba y porte noble y distinguido; la casa á que acabamos de llegar, es la humilde, aunque siempre honrada mansión de mis mayores; pobre é indigna es de vuestra grandeza; dignaos, no obstante, entrar en ella, puesto que en tan gran manera habeis dispuesto honrarme. El jóven á quien el caballero dirigía estas palabras, contestó con la mayor afabilidad, y haciendo dibujar en sus labios, que apenas cubría un fino y rubio bozo, una sonrisa de benevolencia.

—La casa de Quevedo puede albergar bajo su honrado techo á cualquier monarca de la tierra, y éste podrá encontrar en sus muros recuerdos de lealtad y de nobleza acrisoladas. Entremos, pues, y guía, buen Quevedo, dijo descabalgando y entregando las riendas á un paje que acudió presuroso á servir á su jóven señor. Dos de los caballeros que á una respetuosa distancia seguían al jóven doncel del dorado cabello y al anciano de la nevada barba, siguieron sus pasos, y penetrando en la vivienda llegaron, pasada una ancha escalera y una larga galería, á la cámara de honor, donde acababa de introducir al jóven el anciano Quevedo.

—Señor, decía éste al hermoso doncel; os he mandado preparar una cámara para que descanséis de las fatigas de vuestro penoso viaje; despues de tomar algun bocado en mi pobre mesa, debierais retiraros al reposo.

—Gracias, Quevedo, por tu interés; pero me encuentro descansado y con ánimo de gigante. Hásmelo

dicho en el camino, que existe algun descontento entre los nobles del país, y deseo remediarlo. Díme con toda franqueza la causa de esas querellas, y veremos de ponerlas un correctivo.

—Es el caso, Señor, que el conde de Oñate, prevalido de su poder y riqueza, y de la influencia que tiene en la corte, ha querido sobreponerse en todas partes y en todos los casos á los demás Señores de la Montaña, y aún ha pretendido que casas señoriales tan esclarecidas como la de Obregon, la mía y otras, se dobleguen á pasar por feudatarias de la suya, para lo que no le asiste ningun derecho.

—¡Por Santiago mi patron! exclamó el jóven; yo haré saber al conde de Oñate el desagrado que me causa su conducta. Las casas de Obregon y de Quevedo no pueden reconocer á otro señor que al Rey de España, y aún éste debe guardar sus fueros y privilegios.

En cumplimiento de sus órdenes fuéronle presentados varios presos, y oídas sus reclamaciones fueron tres de ellos puestos en libertad, y reprendió á las autoridades por algunos ligeros abusos.

Este fué el modo con que hizo justicia á grandes y pequeños el jóven, que al partir de aquella casa dejó para memoria de su estancia en ella cuatro tiros de cañon (cañones) de hierro, que empotrados en los muros del edificio, son hoy testimonio de su paso por aquellos lugares, como refiere una inscripción en piedra que leímos allí, y que no recordamos.

El jóven protagonista de esta pequeña tradicion, embarcóse pocos dias despues en el puerto de Laredo para coronarse emperador de Alemania en Aquisgram con el nombre de Carlos V.

¡Cuántas veces al caer de la tarde, y arrebatados por la impetuosa carrera de un corcel andaluz, hemos dejado vagar nuestra imaginación, que acariciaba ideas embriagadoras de glorias y de amores, y recordado al héroe que há tres siglos atravesando por esos mismos lugares, y sosteniendo ya sobre su cabeza real la brillante corona de un pueblo grande y magnánimo, avanzaba lleno de ardor y noble ambición en pos de otra corona que había de inmortalizar con el esplendor de su génio!

¡Quién entonces hubiera podido pronosticarnos que habíamos de ver otras huellas de su paso en suelo extranjero y con la emoción triste del proscrito, en un país donde en otro tiempo dominara la enseña vencedora de la España! ¡Oh sueños pasados de glorias! ¡Oh tristes y lastimosas realidades! ¡La gloria! ¡Cuán envidiable es su brillo! ¡Pobre del mortal á quien no sirve de guía! ¡Pobre del siglo que no navega con dirección á su refulgente farol!

Para alcanzar la gloria es necesaria la fé; perdida ésta, no alumbra su fulgor nuestro camino, y el hombre marcha sin ella por entre las tinieblas á el abismo; los pueblos sin gloria, á la disolución.

De usted afectísimo amigo,

J. S. DE URBINA.

## EL BUEN MAESTRO.

Industrioso el labrador  
Rompe con agudo acero  
La dura tierra, y al punto  
Semillas vierte en su seno.  
De fértil lluvia los campos  
Inunda benigno el cielo;  
Arraiga el germen y crece,  
Desafiando los vientos.  
Planta es ya... Llegó el Abril;  
Y, bajo su dulce imperio,  
Desarrollado en follaje,  
Yergue su tallo altanero.  
Mayo le adorna con flores  
De matices siempre bellos,  
Y el calor del sol ardiente  
Le dá frutos placenteros.  
Así tambien mano amiga  
De solícito Maestro,  
Cavando en el corazón,  
Y su dureza mullendo,  
Germen de virtud y ciencia  
Siembra en él con santo celo.  
Repetidas instrucciones  
Y de piedad mil ejemplos

Son á la mente del niño  
Como fecundante riego.  
Y el amor, el puro amor,  
Generoso, activo, tierno,  
Es como aliento de Mayo  
Que de flores cubre el suelo.  
Pues él perfuma las almas  
Con suavísimos orens,  
Que halagan más que de madre  
Los enamorados besos;  
Es reclamo misterioso,  
Cuyos mágicos acentos  
Detienen de la inconstancia  
Los desacertados vuelos;  
Y obliga, con su querer,  
A los más ingratos pechos,  
A rendir útil cosecha  
De humanos conocimientos.—  
¿Quién pagará los afanes  
Y el amor de un buen Maestro?...

Esto dije; y una voz,  
Más sutil que el mismo viento,  
Sonó dulce en mis oídos,  
Con viveza repitiendo:  
—«Mejor que el hombre en la tierra,  
Los premia Dios en el cielo.»—

P. HERMENEGILDO TORRES, *Escolapio*.

## LOS GRABADOS.

Ilmo. Sr. D. Romualdo Jimeno, pág. 81.

(Véase el artículo, pág. 82.)

\*\*\*

La Universidad de Oñate, pág. 84.

(Véase el artículo que lleva este título, en la página 84.)

\*\*\*

Colocación de la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazón, en Roma, pág. 85.

A pesar de los estragos que causa la impiedad en la Ciudad Eterna, y de las ruinas que allí amontona el vandalismo moderno, la piedad del pueblo romano no cesa de dar continuas pruebas de su amor á la Iglesia de Dios. La mano protectora de los Romanos Pontífices, aunque cohibida por la revolución, sigue tambien obrando en Roma beneficios que en vano trata de desmentir la impiedad.

Testimonio de lo que decimos es la ceremonia que representa nuestro grabado. El día 18 de Agosto el Cardenal-Vicario Monseñor La-Valette, colocó la primera piedra de la nueva iglesia que ha de levantarse en Roma en honor del Sagrado Corazón de Jesus.

La erección de esta iglesia fué decretada por el inolvidable Pío IX, devotísimo del Sagrado Corazón, cuyo culto elevó cuanto pudo en la liturgia de la Iglesia. La edificación corre á cargo de la Sociedad de Intereses Católicos, encargada de recoger las limosnas de los fieles y de dirigir los trabajos. El lugar escogido para la erección de la iglesia es el *Castro pretorio*, uno de los cuarteles de Roma más necesitado de iglesia, por el continuo crecimiento de la población. El monumento tendrá forma rectangular, y su principal fachada dará vista á la calle de San Lorenzo. El arquitecto que ha de levantarlo es el Sr. Vespignani, muy conocido por otras obras de este género dignas de toda alabanza.

La ceremonia estuvo concurridísima, porque los buenos romanos se complacen ahora más que nunca en dar testimonio de su acendrado catolicismo.

## CANTARES.

Son los honores y aplausos  
Como la sombra que hacemos;  
Si vamos tras ellos, huyen;  
Nos siguen si huimos de ellos.

De Dios la cara es el cielo,  
Son sus ojos los luceros,  
Y los mares de la tierra  
Son sus lípidos espejos.



Huye el mar de las riberas,  
Dejando restos amargos;  
Huye el tiempo, y sólo deja  
Mil amargos desengaños.

JOSÉ ARIENZA É HIDALGO, *Pbro.*

## EL MAESTRO DE MUSICA,

POR

EUGENIO DE MARGERIE.

Aulnay 15 de Noviembre de 185...

Esta mañana he ido á pasearme por el bosque. Me encontraba triste como Noviembre, y á mi pesar sufría la influencia de aquella temperatura fría y penetrante de aquel paisaje velado por la bruma, y tristemente embellecido por la escarcha; de aquellas hojas marchitas, juguete de la brisa del otoño; de aquellos pájaros mudos y de aquellas flores disecadas.

Iba á abandonarme á aquella vaga melancolía que para las almas que no se hallan fuertemente templadas por la fé, es el peor escollo de la soledad, cuando Dios, queriendo detenerme en esta pendiente fatal, permitió que mi tristeza tomase una dirección más regular y precisa: empecé entonces á recordar á todas aquellas personas que hacia algunos años había perdido.

«¿Dónde se halla aquel compañero de mi infancia, destinado como yo á gozar de brillante y larga carrera, y que el helado soplo del otoño ha arrebatado ántes de tener quince años?

«¿Dónde aquella cariñosa y buena abuelita que tanto tiempo me ha mecido sobre sus rodillas, y á cuya vejez esperaba rodear de ternura y cuidados, arrebatada por imprevisto accidente algunas horas há?

«¿Dónde mi hermana, sol de nuestra casa, desaparecida en el momento en que sus dulces rayos iban á manifestarse en todo su brillo y esplendor?

«¿Dónde mi madre, que debía presidir á toda mi vida sin abandonarme ántes de bendecir á los hijos de mis hijos; aquella madre, que joven todavía, ha llamado el cielo para sí, y cuyo recuerdo no puedo siquiera dividir con mi mujer y mis hijas?

«¿Dónde aquel amigo tratado solamente durante algunos años, pero tan íntimamente unido á él, que cuando la muerte ha venido á romper los lazos de nuestra amistad, me ha desgarrado profundamente el corazón?...»

El recuerdo de este amigo me dió súbitamente, y por segunda vez, nueva dirección á mis pensamientos, que aunque sombríos, se convirtieron en risueños.

Jamás la memoria de Pablo Lecostois había dejado de ejercer en mi espíritu una influencia soberanamente tranquilizadora, porque la serenidad había sido el estado constante y connatural de mi amigo.

Merced á esta disposición producida por el cristianismo, este excelente joven había, no solamente alcanzado una acrisolada virtud, sino que además había podido ser siempre un hombre feliz en toda circunstancia en que hubiera debido, humanamente hablando, ser muy desgraciado...

Y héme aquí, por consiguiente, escribiendo la vida de mi querido Pablo, el último tal vez de mis amigos por orden de fechas, pero ciertamente el primero por el encanto cristiano que derramó en los dos años que juntos pasamos, y por el saludable efecto que siempre mi alma experimenta al ocuparse de él.

Lector amigo, te voy á dar el resultado de mis meditaciones, porque apenas volví á mi casa tomé la pluma, creyendo que lo que tanto bien me había hecho podría ser útil á los demás.

Permíteme una reflexión tan solo ántes de entrar en materia.

Siempre he creído que si escribiese una novela debería mantenerme á igual distancia de los dos excesos que considero como la Charybdis y la Scila de los novelistas y de los moralistas.

Presentar como la mayor parte de los escritores religiosos del siglo pasado, la virtud siempre perseguida y siempre triunfante al vicio, ¿no es separar de la primera é inclinar hácia el segundo, á las perso-

nas débiles á quienes no basta la perspectiva de la recompensa de la otra vida?

Por el contrario, estenderse como lo hacen con buena intención las plumas piadosas de hoy, acerca de las recompensas, aún temporales, que jamás faltan al que practica las virtudes cristianas, ¿no es exponerse á hacer promesas que muchas veces no se realizan?

Los sucesos materiales son casi siempre los mismos para todos, y si hay desgracias de que preserva la virtud, las hay también que se originan de la conciencia.

Peró al lado de los sucesos materiales contemplados de un modo abstracto, hay también el efecto de estos sucesos en cada uno de nosotros, que hace variar muchísimo nuestras disposiciones interiores. Por consiguiente pertenece á la religión cristiana, gran maestra de las almas, modificar profundamente estas disposiciones.

En este sentido puede decirse que la virtud dá la verdadera receta de la felicidad, colocando al alma en una situación en que no pueden vencerla, ni el ardor de las pasiones, ni el vaiven de la fortuna.

Por este motivo la vida de mi amigo Pablo Lecostois me parece digna de referirse é imitarse.

### I.

La infancia y adolescencia de Pablo fueron felices con aquella completa dicha, y soberanamente envidiable, porque era la verdadera felicidad del cristiano.

Dios rara vez concede, ni aún á los que más ama, muchos años de semejante felicidad.

Mas al parecer, si la felicidad mora con más permanencia en alguna parte, es en aquellos sitios bien modestos donde la sencillez, al mismo tiempo que realza los demás goces, les sirve, por decirlo así, de salvaguardia.

Y cuando se ha deslizado este bendito período, cuando las diversas penas de la vida han venido á enseñar al cristiano que las alegrías aún más puras, no podrían ser duraderas en la tierra, quedale como un perfume de sus gozos desvanecidos.

Este es uno de los preciosos frutos de la religión; mientras que el incrédulo ve desesperado disiparse las dulzuras que había cogido sin discreción, el cristiano goza aún con el recuerdo de los días serenos que ya no existen, al mismo tiempo que su robusta fé le enseña á paladear las alegrías más viriles de la prueba.

La familia de Pablo habitaba en una pequeña ciudad que llamaremos Beaulieu, pequeño subgobierno, que participa, con otros quince más, del privilegio de ser ciudad episcopal.

Mr. Lecostois, padre, persona de talento distinguido, se había visto reducido por reveses de fortuna, á aceptar las funciones de organista de la catedral.

Otro cualquiera, al recordar la elevada posición que en la provincia había tenido su familia, hubiese considerado como un sacrificio el resignarse á esta condición.

El padre de Pablo no obró así, sino que aceptó este humilde empleo con alegría y gratitud, creyéndose feliz en su posición al compararla con el puesto en una oficina de París que había estado á punto de aceptar.

Por lo ménos Beaulieu no presentaba el triste espectáculo de un organista que apenas cree en Dios y nada en su Iglesia.

Las almas fieles ganaban con esto el doble, porque al pasar á los dedos del organista toda su alma creyente, sentían una incitación mucho más eficaz que la que hubiera producido un artista indiferente.

Estos mismos fieles sabían además cuán virtuosa era la persona que tocaba el órgano en los oficios, y experimentaban al escucharle algo parecido á lo que hubiesen sentido si David ó Santa Cecilia hubiesen acompañado ó dirigido sus cantos.

Además de artista era Mr. Lecostois un literato de condiciones, que por decirlo así, son inseparables, puesto que el que sin tener un conocimiento profundo, ó al ménos gusto é inteligencia de las letras, cree ser digno del nombre de artista, engañase muy torpemente.

Si alguna vez puede tener un artista alguna habilidad de ejecución, jamás podrá llegar á aquella altura en que se ocultan, confiados, por decirlo así, á

él, custodio de los grandes géneos de la humanidad, esos tesoros de poesía que manifiestan las artes.

### II.

El mismo Mr. Lecostois educó á su hijo.

La educación hecha por tal padre y ayudada por una madre piadosa é inteligente, es indudablemente la primera de todas, y durante su vida Pablo conservó sus huellas.

La familia, las artes, las letras, los pobres á quienes el organista concedía tanta parte en lo que le sobraba,—sobras que encontraba donde otro cualquiera apenas hubiese hallado lo necesario,—tal fué lo que Pablo aprendió á amar en buen hora, viendo á sus padres profesar y practicar este amor con ardor y abnegación sin iguales.

Sobre todo amó á Dios; Dios, principio y fin de todos los amores permitidos; Dios, que también es la garantía y como el guarda de ellos.

Mientras que para tantas almas de buena fortuna, pero faltas de principios, la familia es muchas veces un afecto muy frío, y para los pobres muy pesado; mientras que las letras y las artes pierden sus encantos ó no los conservan sino ficticios y exagerados, Dios es el aroma que conserva á todo esto su atractivo, conservando al alma que las gusta su candor y sencillez.

### III.

Beaulieu es una población donde cualquier familia puede vivir con holgura con 3,000 francos de renta, y tal era precisamente la fortuna de los Lecostois.

Mil francos de asignación como organista de la catedral, otros mil de rentas en papel del Estado, único resto salvado de una fortuna, ántes inmensa; otros mil francos que Mr. Lecostois se procuraba dando lecciones de piano y de violín: hé aquí lo que constituía, añadiéndole la casita de la plaza de Nuestra Señora, la fortuna de la familia; fortuna más que suficiente, puesto que le permitía dar al presupuesto de los pobres lo que hubiese avergonzado á algún ricachón de las cercanías, si la humildad del organista no hubiese corrido un espeso velo sobre sus obras caritativas.

Cualquiera que haya estado en Beaulieu, habrá podido observar la casita donde se deslizaron los primeros días de Pablo.

Casi adosada á los muros de Nuestra Señora, conservando en su torrecilla, en sus ventanas cruzadas, en el color de sus piedras ennegrecidas por el tiempo, en algunas esculturas groseras y en una inscripción donde se descifra la fecha de 1450, y teniendo una especie de parentesco con la antigua catedral, era la casa que más podía convenir á un artista.

Cierta elegancia sencilla templaba en lo interior la demasiada severidad que podía ofrecer la fachada. Flores sobre la chimenea, libros abiertos sobre las mesas, instrumentos de música agrupados sin pretensión y con gracia enteramente natural; algunos dibujos donde más bien se revelaban el gusto y el afecto de una persona de talento que el efecto brillante y las convencionales bellezas de los artistas en boga, y sobre todo aquel recinto donde moraba la paz y las más puras afecciones, inspiradas y dominadas siempre por el gran afecto que constituye la vida de los cristianos, tal era la habitación de los Lecostois; despreciada de los ricos burgueses que en ella no encontraban ni deslumbrantes butacas, ni cuadros admirables, ni relojes en que el oro ha reemplazado al buen gusto, ni sobre todo aquellas maravillas del tapicero, que son el orgullo y deberían ser la vergüenza de tantas personas: tal era esta humilde morada en que no se podía penetrar sin amarla y sin amar á sus habitantes; sin bendecir á Aquel, que, con tan pocos elementos aparentes de felicidad, sabía derramar sobre aquellos tres ignorados seres tan perfecta dicha.

La casa tenía un pequeño jardín terminado por una especie de esplanada, de donde se veía un hermoso río serpenteando á través de bellos prados...

Cuando hablaba de su juventud; cuando por medio de la imaginación se representaba las veces que había tocado en la catedral; el salón de familia donde todas las noches después de leer ó tocar algún trio de Hayden, se rezaba en común, y los estudios y los paseos por el *Cours Royal*, prolongados algunas



veces hasta las fortificaciones para gozar mejor de la puesta del sol; cuando estos recuerdos invadían su alma, las lágrimas se deslizaban de sus ojos, y si estábamos juntos se apoderaba de mis manos, excitándome á bendecir al buen Dios que le había dado las alegrías de los primeros años.

## IV.

Con un maestro como su padre, Pablo hizo rápidos progresos en la música, para la que tenía excelentes disposiciones.

Era casi niño cuando reemplazaba á Mr. Lecostois en los oficios de la catedral.

Sus deditos se paseaban con delicia por el sonoro teclado, y á su infantil piedad le producía una seria felicidad, y era un acto de devoción, mejor que un estudio ó una distracción, el acompañar el *Tantum ergo*, ó durante la Consagración buscar en su memoria, y sobre todo en su corazón, los asuntos más propios de los Divinos Misterios que se cumplían en el altar.

También heredó Pablo el talento de su padre en el violín, y hasta le excedió.

Nutrido en el estudio de los maestros, por otra parte dotado á más de las cualidades que constituyen á un hábil ejecutante, de imaginación rica, alma fuerte y tierna en quien los sentimientos elevados y dulces encontraban eco seguro, sintiendo hervir en el fondo de su pecho, no aquellas vagas é indefinidas aspiraciones ó aquellas efervescencias sensuales que originan el ocio y la molición, sino como un sentimiento del infinito, un deseo y una necesidad de elevarse sin cesar por medio de las bellezas del arte hacia Aquel que es la fuente de toda belleza; Pablo, con estas disposiciones, viviendo además en aquella tranquilidad de la vida de familia, y casi de la vida campestre, tan favorable á las almas puras y á los espíritus profundos; Pablo era en germen á los cinco años, un distinguido artista; á los doce empezaba á producir encantadoras flores, y á los veinte se hallaba en toda la madurez de su genio. El deseo que entonces tuvo su padre de enviarlo á París para crearle una posición digna de su talento, nada tenía en verdad de excesivo.

## V.

Sin embargo, Pablo no pudo hacer fortuna en París.

¿Sería á causa de sus principios? No me atrevo á decirlo por temor de desalentar á los artistas cristianos que tanta necesidad tienen de estímulos.

Sin embargo, es muy claro, y ¿para qué disimularlo? que bajo cierto punto de vista (no bajo del talento, sino del éxito), los cristianos, los verdaderos cristianos, los que lo son ante todo y á macha martillo, tienen una especie de inferioridad respecto á los que no lo son.

Los cristianos jamás hacen cosas deshonrosas, y en aquellas que el mundo encuentra sencillas y naturales, tienen muchos cristianos que abandonarlas porque herirían virtudes que el mundo no conoce,

que trata de debilidades, por ejemplo, la humildad. Ahora bien, ¿no es cierto que por medios deshonrosos y prohibidos á un fiel cristiano, se obtiene el éxito?

En igualdad de mérito, el que no busca más que el éxito, llegará más pronto que el que se preocupa de los medios y de su legitimidad.

Y además, ¿no es evidente que el cristiano al ayudarse para que el cielo le ayude, y mirando algo más duradero que esta vida, no podría emplear en obtener el éxito el mismo ardor y la misma ansia que el hombre de mundo que sólo codicia el dinero y la gloria?

Es preciso que los cristianos adopten su partido. Es indudable que el sol luce para todos y nunca falta lo necesario para la vida, ni á los amigos de Dios, ni á sus enemigos, ni á los de su Iglesia.

Pero en cuanto al brillo, en cuanto á los laureles humanos, y á la fama, y á todo lo que no es más que vanidad de la vida, Dios con frecuencia no los concede á los que ama.

Si alguna vez concede todo esto á los que sabe que no se han de ensoberbecer, no es por ellos tan peligroso privilegio, sino *ad maiorem Dei gloriam*.

Pablo, con el gran sentido cristiano que de su padre había heredado, lo comprendió así, y se dijo que sólo la verdadera gloria era la gloria de Dios; que en cuanto á su gloria personal, indudablemente se le había negado en esta vida, puesto que en Beaulieu gozaba de una posición mediocre, pero segura, y que ya que podía atender ampliamente á sus modestos gustos, lo mejor era regresar á Beaulieu.

Envejecía su padre y conservaba bastante fuerza para desempeñar el cargo de organista. Pablo llegaba á tiempo para encargarse de las lecciones de violín y de piano, é impedir á cualquier advenedizo que recogiese esta porción considerable de su patrimonio.

Al regresar á Beaulieu tenía la ventaja de que cesaría de pesar sobre su familia como cuando estaba en París gastando más de lo que ganaba.

Entonces se despidió valerosamente de sus sueños de fortuna y de gloria, y se volvió á su ciudad natal para vivir y morir en ella *professore di musica*.

## VI.

Por muy apasionado que cualquiera sea por el arte musical, no todo son rosas en él, ó por lo menos cada rosa tiene su espina, y quizá las espinas son tanto más dolorosas cuanto más se considera el aspecto artístico de la profesión, y no se puede explotarla prosaicamente como un simple oficio.

Oír todo el día cómo se degüellan por ignorantes ó pretenciosos, las obras maestras de los artistas más queridos—plegarse á los caprichos de los padres que quieren que sus hijas toquen pronto oberturas y polkas—cuando por casualidad se descubre en un niño una chispa del fuego sagrado, ver cómo se vá extinguiendo poco á poco en la espesa atmósfera que le rodea, tener los oídos atronados sin cesar, no sólo por las notas falsas y contrasentidos de los aprendices, sino también por la estúpida admiración de los

oyentes, quienes á propósito de los mayores géneos como de los mayores tontos adoptados por la *fashion*, repiten en todos los tonos el dicho del campesino de Boileau: *Contra mi voluntad es alegre algunas veces la corneja*;—perder todos los años sus mejores discípulos por el matrimonio, ya porque se casen con un marido que aborrece la música y la poesía, ya porque el poco gusto que tengan al arte ceda sin resistencia á las seducciones de la vanidad, al amor del mundo ó del tocador,—hé aquí uno de los numerosos disgustos del arte.

Nada digo de las heridas causadas al amor propio; de aquellas hermosas damas que reciben casi con la misma gracia que á un hortera, y hacen señal á sus visitas para que no se levanten cuando entra el profesor, añadiendo bastante alto para que se oiga: *No se incomode usted, es el profesor*.

¿Quién no creería que á causa de estas pequeñeces y otras muchas, Pablo se resintiese en su amor propio y pasase el intervalo de sus lecciones en maldecir á la fortuna, que en vez de adornarle con los académicos laureles que tanto merecía, le enviaba á vegetar oscuramente en el fondo de una provincia?

Sin embargo, no fué así: Pablo profesaba el principio de que es preciso tomar los tiempos como vienen, y los discípulos tales como la naturaleza y la educación los han hecho, y que no hay terreno, por estéril que sea, en que no logre hacer germinar alguna planta útil un cultivo esmerado.

(Se continuará.)

## JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número.)

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque; Balmes, 3.

## SECCION DE ANUNCIOS.

## LIBRERIA CATOLICA DE SAN JOSE.

## Obras publicadas.

TRATADO DEL ESPÍRITU SANTO: 24 reales en rústica, y en pasta 32 rs. en Madrid y 34 en provincias.

JESUITAS! por M. Paul Feval: 6 reales en rústica, y 8 en Madrid y 9 en provincias encuadernado en tela.

EXAMEN CRÍTICO DE LA HISTORIA de los conflictos entre la religión y la ciencia, de Guillermo Drapper, por el Padre Cornoldi: 4 reales en toda España, y 6 reales en Madrid y 7 en provincias en tela.

LA IGLESIA Y EL ESTADO, por el Padre Mateo Liberatore: 12 reales en rústica, y en pasta 16 reales en Madrid y 17 en provincias.

LEON XIII Y LA SITUACION DEL Pontificado, por el doctor D. Urbano Ferreiro, presbítero: un volumen en 8.º, con el retrato de Su Santidad en fotografía: 7 reales en toda España, y 9 reales en Madrid y 10 en provincias en tela.

VICTOR O ROMA EN LOS PRIMEROS tiempos del Cristianismo, novela histórica religiosa, por el Padre F. Gay: 7 reales en Madrid y 8 en provincias en tela.

CURSUS SCRIPTURÆ SACRÆ, semi-

narium usui accommodatus, Opera Francisci Xaveri Schoupe, s. j.; editio prima. Acurrante D. Joachin Torres, presbítero: 24 reales en rústica, y 28 en Madrid y 30 en provincias empastados los dos tomos en un solo volumen.

También se ha encargado la librería de San José de la propaganda y venta del *Almanaque católico y Guía eclesiástica*, que con tanta aceptación ha comenzado á publicarse este año; forma un volumen en 8.º, y se vende encuadernado en cartón á 6 reales en Madrid y 7 en provincias.

Todas estas obras se venden en Madrid en el taller de encuadernar de la Librería de San José, situado en la calle de Gravina, núm. 14, tienda, esquina á la prolongación de la calle de la Libertad, y en las librerías de Aguado, Olamendi, Tejado, Perdigueru y otras.

En provincias, en Ultramar y en el extranjero, en las casas de los correspondientes y en todas las librerías católicas.

Los pedidos se harán á D. Manuel Alonso Zegri, Madrid.

## CROMOS.

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta Administración, al precio de 6 rs. ejemplar.

## EL SABIO IDIOTA.

CONTEMPLACIONES ACERCA DE LA SANTISIMA VIRGEN

POR EL B. RAIMUNDO JORDAN,

LLAMADO COMUNMENTE

EL IDIOTA.

TRADUCIDAS Y ARREGLADAS PARA EL MES DE MARIA POR DON NICETO ALONSO PERUJO.

(Segunda edición.)

Esta preciosa obrita forma un volumen en 12.º, y se vende á peseta en la librería de Pascual Aguilar, Caballeros, 1, Valencia. Se envía á Provincias franco de porte.

## CALENDARIO PIADOSO PARA 1880.

Hallándose ya en prensa esta antigua y acreditada publicación, se avisa á los señores autores y editores de obras católicas que hayan visto la luz desde el mes de Octubre del año pasado, á fin de que, si gustan verlas incluidas en la *Revista Bibliográfica* de dicho CALENDARIO, se sirvan enviar un ejemplar de aquellas al Editor, D. Antonio Perez Debrull, calle de la Flor Baja, núm. 22, Madrid, ántes del 30 de Setiembre próximo, hasta cuya fecha se admiten también en el mismo punto anuncios para la sección correspondiente del CALENDARIO, á los precios de 120 rs. una página, 70 media, y 40 un cuarto, precios sumamente económicos, si se atiende á la gran circulación de este libro.